

Javier Gomá Lanzón

dignidad

Javier Gomá Lanzón

dignidad

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S. L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2019

© Javier Gomá Lanzón, 2019
© Galaxia Gutenberg, S. L., 2019

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B. 15973-2019
ISBN: 978-84-17971-09-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Conoce tu dignidad

Publico este libro por tres razones.

La primera, la menos interesante, es de carácter personal. El escritor escoge con tiento aquellas palabras que aciertan a expresar mejor su visión de las cosas porque siente que se la juega en la secuencia exacta de ellas. Literatura es literalidad, se dice a sí mismo. Línea a línea, párrafo a párrafo, libro tras libro, observa que en su escritura algunas palabras van adquiriendo un predominio semántico en su literatura, se repiten con una frecuencia que refleja las regularidades de su pensamiento y acaban formando un diccionario íntimo casi sin sentir.

Mi particular diccionario, confeccionado a lo largo de muchos años de trabajar con la materia maciza del lenguaje, indócil a la levedad de las ideas, se compone de momento de las siguientes palabras:

Imitación, ejemplo, ejemplaridad, modelo, prototipo, mortalidad, individualidad, estadios estético & ético, experiencia de la vida, universal concreto, común de los mortales, red de influencias mutuas, teatro de la finitud, dignidad, vulgaridad, ganarse la vida, media-

nía sin relieve, liberación & emancipación, visión culta & corazón educado, mayoría selecta, ingenuidad aprendida, entusiasmo, ideal & lo sublime, estilo elevado, chistemalismo, experiencia & esperanza, necesario pero imposible, Dios escondido, mortalidad prorrogada, humana perduración, raptado por las Musas (visión & misión), literatura conceptual, filosofía mundana, imagen de la vida, filosofía en escena, inconsolable.

Este catálogo incluye «dignidad» y sugiere una interacción sistemática con el resto de palabras con las que crea relaciones y enriquece su significado, pero no da cuenta de su protagonismo creciente. Las dos últimas entregas de la *Tetralogía de la ejemplaridad* ya otorgaron a la dignidad una posición muy destacada.¹ El prólogo a la segunda de las dos ediciones unitarias de la tetralogía compendia todo el proyecto filosófico de la ejemplaridad, visto por su costado pragmático, en dicho concepto: «La ejemplaridad aquí expuesta admite ser contemplada como una meditación sobre la dignidad humana porque su entero propósito se resume en una larga y razonada invitación a una vida digna y bella».² Los siguientes libros acentuaron aún más esa creciente centralidad.³ Y finalmente, por evolución orgánica de las ideas, siguiendo un impulso propio no previsto, se volvió el asunto capital de mis textos más recientes. Ahora este libro reúne tres de los ya publicados, previa ordenación y reelaboración parcial de su contenido, allá donde fuera necesario, para destacar

la unidad de propósito, y añade tres más redactados especialmente para esta ocasión.⁴

La primera razón de este libro es, pues, la constatación de que la dignidad, recurrente en escritos anteriores, ha venido a ser en los últimos una idea tan abarcante y magnética dentro de mi literatura que merecía un estudio monográfico aparte. La segunda razón ya no guarda relación con la persona del autor de este libro ni con la pequeña historia de su bibliografía, sino con el tratamiento que la historia del pensamiento antiguo, moderno y actual ha dispensado a la dignidad. Aquí salta la fenomenal sorpresa: es un concepto vacante. ¡Quién lo hubiera dicho! En la Antigüedad fue el nombre que se dio a las perfecciones del hombre, que algunos elogiaron sin pararse a pensar en su esquiva esencia; Kant, sin llegar a definirlo, lo usó a guisa de comodín de su sistema moral y, tras él, ha sido olvidado o despreciado por la filosofía a despecho de la masiva y revolucionaria influencia que ha desplegado, señaladamente a lo largo del último siglo, en un plano práctico y material. Viendo ese estado de abandono teórico del concepto, perdido y en busca de un autor, me ha parecido oportuno proceder a ocuparlo y apropiármelo como hace uno ante cosa sin dueño.

Este libro se ordena en tres apartados temáticos de dos capítulos cada uno. El primer apartado se ocupa de la historia y esencia de la dignidad tanto en su dimensión ética y jurídica (capítulo 1) como en la ontológica y existencial (capítulo 2). A continuación, el apartado intermedio se adentra en los domi-

nios de la cultura: el capítulo tercero distingue cuatro clases de cultura y explica sus características típicas a la luz especialmente de la tensión entre precio y dignidad, mientras que el siguiente se entiende con el estilo elevado en la prosa a modo de tanteo de una futura poética de la dignidad. Si este cuarto capítulo ha resultado el más extenso de los seis se debe a que se ha querido dar profusamente la palabra a fray Luis para que el lector aprecie por sí mismo y en concreto lo que el estudio declara en abstracto y se deleite en los primores del inigualable estilo del agustino. El último apartado del libro se traslada a la esfera pública y, de un lado, propone el ideal de una república regida por la ley de la amistad, donde los ciudadanos se respetan entre sí sin necesidad de recurrir a la coacción de la ley jurídica (capítulo 5) y, de otro, casi a modo de apéndice, aboceta una filosofía de la historia de España comprendida como un proceso de dignificación colectiva, tardía pero ejemplar.

Este significado de la palabra «dignidad» merece un comentario. Abundan ahora usos de ella –dignidad de los animales, dignidad de la Tierra– que coinciden en el intento de templar lo que algunos juzgan una visión excesivamente antropocéntrica de la realidad y de atribuir esa cualidad a entes no personales. Tampoco faltan quienes, abstrayendo de la dignidad de las personas, claman por la de pueblos o grupos. La que ocupa a este libro es la dignidad individual y personal, porque la considera su expresión primera, propia y suprema, de suerte que cuando en cualquier lugar de sus seis capítulos se mencione una

dignidad colectiva se entenderá que la palabra es usada en un sentido metafórico respecto a su sentido original y pleno.

Este libro querría ser, al modo moderno, una de esas *consolationes* que se compusieron en la Antigüedad y que tenían por objeto aliviar al lector, hombre y mujer, del dolor de una desgracia, desterrar su melancolía y, acopiando argumentos hábiles para elevar su espíritu, tratar de compensarlo de las muchas miserias que afligen la condición humana. He aquí la última de las tres razones anunciadas al principio: poner mi literatura al servicio de un programa de dignificación.

El mundo es el escenario donde se libra la guerra entre la miseria y la dignidad. Hasta el más simple de nosotros, sin talento especial salvo para envejecer unos años y mantener los ojos abiertos, se deja persuadir fácilmente de la miseria material, moral y estética sobreabundante en el mundo y, cansado de la vida, es tentado en algún momento por la tristeza. Y por si esta incitación de la naturaleza no fuera suficiente para hacerlo caer en la desesperación y llevado por su buena fe todavía vacilara, acude muy presta la alta cultura contemporánea para desengañarlo y, faltando a su misión educadora, tratar de convencerlo de que su pobre existencia definitivamente no vale nada ni merece ser vivida. En esa guerra antes mencionada, la victoria de la miseria es arrolladora, apabullante, asistida por el prestigio intelectual de la tristeza, para muchos un sentimiento distinguido y sofisticado, pero, bien mirado, el más masivo y vulgar

de los sentimientos, al alcance de cualquiera sin necesidad de particular experiencia, sagacidad o ingenio, al que nos arrastra con fuerza irresistible una conspiración de todos los elementos, naturales y culturales.

¿A qué tipo de vida invita la alta cultura? A una más bien miserable y entristecida. En el diálogo *De tristitia et miseria*, Petrarca hace que Razón reproche a Dolor su extraviado afán:

Muchas cosas buscas con gran estudio para ser triste. El contrario habías de hacer para que con gozo honesto te alegrases.

Alegrarse de un gozo honesto no es mala empresa. Me declaro petrarquista en este punto y del número de los gozadores. Y cuento con un aliado de lo más versado en estos negocios, a quien nadie acusaría de falta de experiencia o de sobra de idealismo, Montaigne, que dio al segundo de sus ensayos el título «Tristeza», cuyo comienzo reza así:

Me hallo entre los más exentos de esta pasión y no la amo ni la aprecio, aunque el mundo se haya dedicado, como por acuerdo previo, a honrarla con un favor particular. Visten con ella la sabiduría, la virtud y la conciencia, necio y monstruoso ornamento. Con más propiedad, los italianos han usado su nombre para bautizar la malicia [*tristizia, tristezza*]. Es, en efecto, una cualidad siempre nociva, siempre insensata, y los estoicos prohíben a sus sabios sentirla por ser siempre cobarde y vil.

Por descontado que esto no supone ignorar las infinitas razones de la tristeza o despreciar las justas causas de los tristes, ni pretende ocultar el tedio y el fastidio que muchas veces a mí mismo me dominan. Además, este libro reivindicará el escándalo ante la indignidad como resorte de una revolución moral permanente. Pero lo que aquí se enuncia *no es un estado de cosas sino una militancia*: a favor de la dignidad. Y se contribuye a su victoria o al menos a su resistencia invitando al lector a conocer su dignidad, llamando su atención sobre su alto valer y despertándolo al sentimiento de su propia excelencia. El peso del vivir produce pesadumbre y cansa, eso no se puede evitar, pero sí puede aliviarse el cansancio haciendo que la pesadumbre inevitable sea, no la de un peso que hunde, sino la de uno que eleva: *pondus in altum*. Este libro quisiera contribuir con argumentos a aligerar un poco la carga del lector.

¿Con qué comparar la dignidad? Este libro la definirá como lo que estorba y lo que resiste a todo, incluido el interés general y el bien común. Cuando por diversos caminos tropieza uno con ese estorbo tan resistente, la sensación que despierta el choque es la de encontrarse ante un poder antiguo, ancestral, que hunde sus raíces en los estratos más profundos de la historia y de la naturaleza humana, y al mismo tiempo poder novísimo, como acabado de nacer y que se hubiera estrenado esa misma mañana. Este doble efecto de la dignidad, a la par viejísima y núbil, recuerda la impresión que tuvo Plutarco al contemplar por primera vez la Acrópolis y el resto de las

portentosas edificaciones que Pericles mandó levantar en Atenas a mediados del siglo v a. C. Asombra a Plutarco, según cuenta en la biografía que dedicó al político ateniense, que se construyeran en un plazo de una brevedad apenas creíble, y que, pese a ello, desde el principio lucieron clásicas y venerables; y en no menor medida que, quinientos años después de construidas, cuando las visita el escritor, permaneciesen frescas, graciosas y lozanas, como si se hubieran inaugurado el día anterior:

No es la facilidad y la prontitud en la ejecución lo que confiere a las obras su solidez permanente y belleza perfecta, sino el tiempo y el trabajo empleado en producirlas, que premia a lo construido con los dones de la resistencia y conservación. Por eso son aún más admiradas las obras de Pericles, pues destinadas a durar largo tiempo, se concluyeron en tan breve plazo. Cada una de ellas, en cuanto a su belleza, parecía antigua desde su inauguración, mientras que en frescura todavía hoy parece nueva y como recién hecha. ¡Tanto brilla en ellas ese vago lustre que mantiene su aspecto intocado por el tiempo, como si tuvieran un aliento siempre joven y un espíritu exento de vejez!

La dignidad humana es monumento mayor que la Acrópolis de Atenas.